

José Vasconcelos: proyectos, ideas y contribuciones. Ligia Fernández Flores, coordinadora. Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Enseñanza para Extranjeros, 2011. 157 pp.

*Luz América Viveros Anaya
Instituto de Investigaciones Filológicas*

Uno de los recuerdos más vivos de mi infancia fue el estar en casa de una tía abuela que era catedrática de la Escuela Nacional de Maestros, y escucharla defender con pasión el gran proyecto educativo de José Vasconcelos: las Misiones Culturales, proyecto en el que –yo no podía dimensionar en aquel momento la trascendencia de ese hecho– habían participado sus hermanas como maestras rurales. Eran ya los años ochenta del siglo veinte, cuando un artículo periodístico destapó las furias jupiterianas de mi admirada tía contra el articulista que se había atrevido a nublar la memoria del prohombre. Veinticinco años después de su muerte, Vasconcelos seguía despertando encendidas polémicas por su actuación en el pasado. Ése fue el Vasconcelos que yo conocí, una imagen intocable, al menos en el gremio magisterial en el que crecí.

Este libro, en cambio, se plantea un reto mayúsculo. Reunir en un tomo breve lo esencial de una figura tan destacada, sí, pero controvertida como fue el oaxaqueño José Vasconcelos Calderón, y además emprender su estudio desde múltiples aspectos. Todo ello sin entregarnos una estatua de bronce –impecable y diamantina–, sino ofreciendo su dimensión humana en varias épocas y bajo diferentes circunstancias.

Fue pensado en el Centro de Enseñanza para Extranjeros como homenaje a los noventa años de la fundación de la Escuela de Verano –de la que el CEPE es heredero–, proyecto cristalizado bajo el rectorado del oaxaqueño. Y el libro consigue, con éxito, su propósito, y ofrece en ciento cincuenta páginas un acercamiento desde varios ángulos a un personaje difícil de suyo por la gran cantidad bibliografía que se ha ocupado de él durante décadas. Ardua labor la de ofrecer, con sencillez y seriedad, una imagen a varias voces de un hombre al que no se le puede escatimar –él mismo no lo hizo– un papel protagónico en la cultura vigesémica mexicana.

El objetivo del libro es claro. Quiere ser un primer acercamiento, más bien didáctico, a sus principales proyectos, ideas y contribuciones, y, como suele ocurrir con los polígrafos del Ateneo, desde su enfoque, cada uno de los cinco ensayos lo reclama con suyo. Si bien su objetivo es divulgativo, funciona al

mismo tiempo como un estado de la cuestión actualizado desde la mirada –tal vez– más sosegada del presente.

Ligia Fernández Flores, encargada de coordinar el volumen, elige como epígrafe de la presentación una idea del propio Vasconcelos que marca con claridad los alcances de una revisión como la que propone este libro: “El misterio de cada vida no se explica nunca, y apenas si nosotros mismos podemos rescatar del olvido unas cuantas escenas del panorama intenso en que se desarrolló nuestro momento”. Ligia Fernández deja ver, así, que Vasconcelos es muchos. Uno es el rector de la Universidad, otro el candidato presidencial, otro el animador cultural y muy otro el memorialista maduro. El libro elige escenas y facetas, pero es el lector quien, finalmente, construirá el retrato –¿realista, impresionista, cubista, surrealista?– de un personaje frente a la historia.

El primero de los ensayos es de Guadalupe Gómez-Aguado de Alba. Se trata de un esclarecedor panorama del “México de Vasconcelos: los primeros años”, y a modo de mojones del espacio que abarcará, marca con una cita de Christopher Domínguez Michael el clima no sólo histórico y cultural al que se referirá, sino de una vez los dos extremos en la percepción del personaje:

José Vasconcelos es tanto el padre pródigo como el hijo bastardo de la cultura mexicana del siglo XX. Padre, pues su apostolado abarcó desde el intento de creación de una cultura nacional hasta la aventura política por una sociedad democrática occidental para México. Hijo bastardo, puesto que su síntesis fracasó dolorosamente y durante su largo ocaso no hizo sino maldecir a una patria que le dio la espalda.

Guadalupe Gómez-Aguado enfocará la infancia y juventud del “padre pródigo e hijo bastardo”, del Ulises criollo histórico. Tras ofrecer las coordenadas de su nacimiento en Oaxaca el 27 de febrero de 1882, amplía el foco de su mirada y nos entrega una amena narración de algo que solemos perder de vista quienes nacimos ya bien entrado el siglo xx: a la generación de Vasconcelos le tocó conocer y disfrutar, por la primera vez, una gran cantidad de novedades que la generación anterior sólo pudo vislumbrar como utopías irrealizables. Si en su infancia en Sásabe, Sonora, Vasconcelos vivió atemorizado ante la posibilidad de un ataque de indios apaches; en Piedras Negras, Coahuila, disfrutó las ventajas de la prosperidad al vivir en una zona libre de comercio internacional por la construcción del ferrocarril.

Y en un ejercicio interesantísimo que hace Gómez-Aguado durante todo su ensayo –y que resulta productivo para quienes trabajan los puentes y cruces entre los discursos literario e histórico–, contrasta los datos obtenidos en fuentes históricas con los que el propio Vasconcelos ofrece en sus memorias. Por ejemplo, asegura que la prosperidad de Piedras Negras lo hace percibir la existencia

de “una vida democrática sin indígenas, sin ejército ni grandes propietarios, sin trabajadores expoliados por la paz porfiriana”; en cambio, en su taller de historiadora Guadalupe identifica que “en contraste con la visión vasconcelista de una sociedad igualitaria, sin grandes diferencias socioeconómicas, esos años fueron escenario de procesos desamortizadores que despojaron de sus tierras a muchos campesinos”.

Álvaro Matute ha recomendado a los historiadores integrar como fuentes documentales materiales antes cuestionados por su notoria subjetividad –como memorias, diarios, epistolarios– o, por el contrario, por su adecuación a la verdad pública –como noticias y artículos periodísticos–; en esa línea historiográfica, Gómez-Aguado consigue el equilibrio de fuentes, las contrasta y establece un diálogo crítico que permitirá atisbar respuestas a una inquietud que se ha planteado constantemente: los límites entre ficción y realidad, la verificabilidad de los datos y acontecimientos narrados por un memorialista, y la ficcionalización de la materia autobiográfica, incluso admitiendo que el autor no tuviera la intención de alterarla o tergiversarla, suposición que soslayaría los hábitos adquiridos de todo escritor profesional.

El ensayo expone, por un lado, que “el escenario en el que Vasconcelos pasó sus primeros años, distaba mucho del ideal que plasma en sus *Memorias*”, pero, por el otro, explica las razones de esa percepción, razones halladas en el propio discurso del memorialista. Por ejemplo, explica cómo construye su antipatía por los norteamericanos: las lecturas del *México a través de los siglos*, de Riva Palacio, el *Atlas* de Antonio García Cubas, la biblioteca ambulante con que su madre lo inició en la práctica del catolicismo con obras de Calderón de la Barca, San Agustín y Tertuliano, “esas lecturas y el ambiente familiar, además de reforzar el nacionalismo, inculcaron en el niño la idea de que los norteamericanos eran protestantes herejes de los que había que desconfiar”.

Y para dar contexto a la labor titánica que significó la campaña para erradicar el analfabetismo, Gómez-Aguado ofrece cifras y datos que permiten dimensionar el logro vasconcelista; entresaco algunos: “En 1910 sólo dos de cada diez mexicanos sabía leer y escribir”; “en 1864, un viaje de la ciudad de México a Veracruz en diligencia tardaba unas cuarenta horas y costaba treinta y un pesos; para 1890, el ferrocarril hacía el mismo trayecto en once horas y media y costaba doce pesos en primera clase”; en 1851 había dos oficinas de telégrafo; para 1910 ya había 520; “si en 1870 sólo había ocho ciudades con más de veinte mil habitantes, para 1910 eran veintidós, y casi el treinta por ciento de la población era urbana”.

En fin, recomiendo la lectura de este panorama histórico del México de la infancia y juventud de un Vasconcelos que a estas alturas del libro, apenas va a salir a la escena pública; y lo hace con una cita de José Joaquín Blanco, que

Guadalupe Gómez-Aguado deja ahí, para que aparezca el personaje pero no pueda subir al pedestal: “si desde puntos de vista morales [Vasconcelos] parece incoherente y contradictorio es porque su lógica es la de la aventura, y su ética y su estética son las del aventurero; [...] sus cualidades no fueron la honestidad ni la verdad, sino la energía y la audacia”.

El segundo ensayo escrito por José Roberto Gallegos Téllez-Rojo, ofrece una visión general de la fracasada intentona vasconcelista por ser Presidente de México, y lo titula: “Vasconcelos, el último maderista en campaña. Reflexiones sobre la elección presidencial de 1929”. Personalmente, hubiera preferido que estas reflexiones aparecieran después de los dos ensayos siguientes, pues nos confronta con un Vasconcelos que intenta recoger en las urnas la cosecha como rector, como fundador de la Escuela de Verano y como Secretario de Educación promotor de las artes. Intenta, pero no consigue, y al primer Vasconcelos público que nos revela el libro es al que perderá las elecciones y no reconocerá una derrota que, si probablemente también ocurrió en las urnas, definitivamente significa la derrota de los anhelos de un hombre.

Como en el ensayo anterior, éste ofrece primero un panorama del momento político que nos permite dimensionar y hacer nuestros cálculos sobre las probabilidades de éxito que tenía empresa semejante. José Roberto Gallegos hace un análisis de las condiciones específicas, durante las tres primeras décadas del siglo XX, de los instrumentos para una democracia que no llegaba. Entre rebeliones, levantamientos, Guerra Cristera y prácticas como el asesinato y la tortura, asegura que “las elecciones en 1929 no podrían ser consideradas seriamente como una forma eficiente, confiable y democrática de cambiar a los hombres del poder: el problema fue la manera de cómo se llevaban a cabo los procesos electorales”.

Y a continuación, el investigador disecciona el momento político de la campaña, las facciones de poder y sus relaciones, los intereses de grupos y líderes, y las características específicas del candidato a vencer: el ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

Roberto Gallegos es claro y advierte que ya en su campaña anterior, en 1924, cuando quiso ser gobernador de Oaxaca: “apocado de voz y regular orador, [Vasconcelos] fue superado por los otros oradores desde el acto inaugural de su campaña hasta la culminación del proceso electoral. En realidad su campaña no tuvo una estructura partidaria clara y no contó con los elementos necesarios para combatir eficazmente el fraude”.

Pero enfoca los grupos que pudieron darle ventaja: maestros, normalistas de escuelas federales y estatales, estudiantes preparatorianos, universitarios e incluso de secundaria y los de los cursos de divulgación. Esos y no otros, precisamente, porque Vasconcelos no era un político profesional, “no provenía de

ningún grupo político, no era títere de nadie [...]. Era un intelectual: escribía ideas, no literatura ni proclamas ni discursos grandilocuentes [...]; esas ideas habían dado sentido a una de las más importantes aspiraciones de la clase media y de los grupos urbanos: la educación [...]. También estaban las clases medias conservadoras que conocían los antecedentes familiares de Vasconcelos, claramente católicos, y que observaron cómo éste se había mantenido al margen del conflicto religioso". ¿Con quiénes contó? Grupos de mujeres y secretarías, pues no sustentó una propuesta obrerista ni agrarista; estuvo lejos de los comunistas y de los sectores más conservadores, lejos de la élite empresarial y los terratenientes de raigambre porfiriana; lejos de los nuevos ricos y terratenientes de la Revolución.

Tras caracterizar a ambos grupos, Roberto Gallegos concluye que "pese a lo que escribieron en distintos momentos Vasconcelos y Antonieta Rivas Mercado, desde el inicio de su campaña el candidato fue contra la corriente". Enseguida menciona cada uno de los momentos definitorios en el estrepitoso fracaso, y cómo algunas situaciones que pudieron definir su triunfo fueron neutralizadas por el Gobierno para impedirle enarbolar banderas legitimadoras: ya haciendo autónoma a la Universidad, ya censurando sus artículos, ya sembrando provocadores en sus mítines.

Al final, el autor ofrece una guía bibliográfica mínima, de gran utilidad para navegar por el dilatado correr de esta aventura electoral.

El tercer trabajo que compone este libro es de la autoría de Rosario Gutiérrez Haces, "Vasconcelos y la Escuela de Verano", y ocupa el sitio central seguramente porque dicha Escuela dio origen al actual Centro de Enseñanza para Extranjeros, institución que edita esta obra. El artículo ofrece un amenísimo recorrido historiográfico en los avatares de la fundación de la Escuela, pensada inicialmente por Ezequiel Chávez como Cursos de Verano para profesores norteamericanos.

Proyecto político, sin duda, estos cursos lograron captar el interés del general Obregón. Para el de 1922 concedió pasajes gratis en los ferrocarriles a profesores y estudiantes, los invitó a tomar el té en el Castillo de Chapultepec; los estudiantes fueron convocados a veladas literarias y a banquetes con el Secretario de Educación Pública, obtuvieron reproducciones del Museo de Arqueología, disfrutaron de visitas guiadas por conocedores tan distinguidos como el Dr. Atl, y tuvieron como maestros nada menos que a Julio Torri, Pedro Henríquez Ureña, Luis Castillo Ledón, Manuel Ituarte, Ramón Mena, Manuel Romero de Terreros, Carlos Pellicer, Vicente Lombardo Toledano, Antonio Adalid, Raimundo Sánchez y Jorge Juan Crespo de la Serna. Las miras políticas fueron, por lo menos, que dichos maestros se convirtieran en los mejores propagandistas de lo que México ofrecía al extranjero.

La historia de la Escuela de Verano recoge y transforma las breves experiencias de la Universidad Popular –desaparecida años antes–, la Sociedad de Conferencias y las Misiones Culturales. Su lectura resulta imprescindible para repensar al actual CEPE como una forma de continuar el proyecto vasconceliano hasta el presente, idea que ya plantea Ligia Fernández en la introducción.

El cuarto ensayo lo debemos a Oscar Flores “De la revolución armada a la revolución cultural. La promoción de las artes y la educación en la época de Vasconcelos (1920-1935)”. Se trata de un ambicioso trabajo que da cuenta, en última instancia, de la creación de una imagen –si bien estereotipada– de “lo mexicano”, que conformaron intelectuales y artistas activos en el primer tercio del siglo XX.

La especificidad de su análisis lleva al investigador a identificar en obras plásticas, arquitectónicas y editoriales, un discurso que se fue gestando tras la Revolución. Oscar Flores encuentra así resonancias en las búsquedas del arte por entonces. El primitivismo, primero, y el infantilismo, después, fueron dos actitudes que tuvieron poca participación en la conformación de una búsqueda propia. Alejados de los esquemas academicistas, Flores explica, uno por uno, los rasgos que adoptó la creación de un imaginario mexicano. Desfilan por sus páginas de brillante análisis los postulados de Adolfo Best Maugard y Roberto Montenegro, “artistas que sentaron las bases para el posterior surgimiento en México del gusto, la promoción y revaloración del arte popular”; idea expresada por Best Maugard sin lugar a ambigüedades: “Fomentar la evolución del arte nacional –y con esto queremos decir arte popular– es hacer nacionalidad, es hacer patria”, idea que Flores encuentra preconizada por Manuel Gamio en *Forjando Patria* (1916).

Resultan de especial interés sus comentarios acerca del papel de las ediciones en libros, revistas y folletería para la conformación de un estilo puramente mexicano. La función política de las distintas artes en la conformación de un discurso sobre “lo mexicano”, tal como demuestra con distintos ejemplos a lo largo de su artículo, trae a la memoria y hace resonancia con aquel otro estudio de Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación: México en las Exposiciones Universales*, donde éste demuestra cómo los “magos del progreso” dotaron de un rostro a México, que podía medirse como igual frente a las grandes naciones industrializadas del mundo. Al menos a nivel simbólico, nuestro pabellón en las exposiciones, los cuadros de José María Velasco, las obras musicales de artistas mexicanos y las flamantes estadísticas levantadas durante el Porfiriato, permitieron modular el rostro que quisimos ofrecer al mundo; Oscar Flores propone cómo unas décadas después había que recomponer el discurso que pusiera a México a la hora del mundo.

Finalmente, el capítulo titulado "*Ulises criollo: la épica del yo*", de Jorge Muñoz Figueroa, recoge la visión del Vasconcelos que escribe cuando ya fue rector, secretario, candidato y exiliado; pero no ésta una revisión del personaje público, sino un acercamiento a la autofiguración que de su vida y circunstancia hace el propio escritor oaxaqueño. La índole de este texto me parece de especial interés por las múltiples aristas e interrogantes que el género autobiográfico plantea al lector, y que el autor de este ensayo enfoca con claridad.

Sin olvidar lo que Sylvia Molloy subrayó acerca del género: "la autobiografía –dice– es una manera de leer tanto como una manera de escribir", no podemos ignorar que apenas recientemente la crítica hispanoamericana ha vuelto sus ojos a un género para verlo en su especificidad. Tanto se soslayó lo autobiográfico como un espacio con fueros propios, que ya la costumbre disponía en cajones separados, historia o novela, la forma como debía leer unas memorias. Pero las de Vasconcelos son paradigmáticas para la historia del género en México; su publicación levantó una fuerte respuesta del público –que veía en ellas un texto con pretensiones de *verdad*– y hoy nadie duda, al mismo tiempo, su carácter de texto literario.

Esto lo sabe el autor, y por ello establece desde un principio el programa de su ensayo, que cito a continuación: "1) dar algunas noticias sobre Vasconcelos y lo que algunos críticos han expresado sobre su obra, sobre su pertenencia al Ateneo de la Juventud y su vinculación a la 'Novela de la Revolución'; "2) reflexionar sobre el hecho de que el libro más reconocido del autor genera, todavía, el cuestionamiento sobre si es autobiografía, si son memorias, si es novela o todo lo anterior".

Esta capítulo, estratégicamente ubicado como cierre del libro, enfoca a Vasconcelos frente al espejo del pasado. Un hombre de 53 años, cuyos momentos más intensos han ocurrido ya, se ocupa desde el exilio en componer la imagen de sí mismo, y comienza por el principio: la infancia. Jorge Muñoz identifica que en este proceso narrativo entran en juego memoria, ficcionalización y el bagaje literario del escritor, y ofrece una clave en el funcionamiento de esta tríada: "la mente del adulto puede estar trabajando como una especie de censura: decide qué recuerdos traer al presente y cómo valorarlos, o incluso alterarlos desde la postura ideológica, religiosa o moral vigente del autor".

Vasconcelos se regodea en su infancia, uno de los puntos más debatidos y reveladores en el espacio autobiográfico. Infancia y sueño, advierte el autor, parecen fundirse en la memoria emocional que acrecienta la distancia temporal entre el presente de la escritura y los hechos relatados. Y esa memoria creativa es enfocada por Muñoz Figueroa en distintos fragmentos que van rindiendo en su análisis las claves compositivas de la autofiguración vasconcelista. Una de

ellas, la relación con su madre, le permite mostrar la écfrasis como uno de los logros poéticos más notables en el *Ulises criollo*.

El texto examina a detalle algunos temas centrales en esta primera entrega autobiográfica del maestro oaxaqueño: el autor depura, a través del tamiz de la memoria y de la ficcionalización, las anécdotas que conforman la imagen que el adulto quiere dar del niño. "Procedimientos creadores, dice, que nos dejan en las manos, pero sobre todo en la sensibilidad, páginas memorables de la literatura mexicana del siglo XX".

No es el objetivo de esta reseña contar en extenso los argumentos y las conclusiones a que llegan nuestros autores; pero quiero subrayar la pertinencia y seriedad de sus análisis, que dejan al día el estado de la cuestión para quien desee acercarse a un hombre marcado en su vida por las pasiones, controversias, adhesiones y deslindes aparatosos que produjo. Conocedora, como he dicho, del funcionario educativo a quien tan apasionadamente defendió gran parte del gremio magisterial, el libro consigue descubrir para el lector otros muchos Vasconcelos igualmente entrañables.